



Lo ocurrido los últimos meses en Chile reafirma la necesidad de elaborar un nuevo relato a la altura de las expectativas que ha asumido nuestra sociedad.

Dramas y placeres de ricos, clases medias y pobres: Un nuevo relato para Chile

Pedro Güell

Doctor en Sociología

El año 2011 fue socialmente sorprendente. Y no solo porque ocurrieron cosas que nadie esperaba — como el despertar de la sociedad de sus letargos —, sino porque no decantó en interpretaciones y debates que mostraran de manera satisfactoria sus significados y explicaciones. Si ya el año 2010 se había hecho sentir la ausencia de relatos que organizaran un sentido para los cambios, ello se agudizó en el año que acaba de terminar. Los bloques políticos, por una parte, emitieron mensajes fragmentados, reactivos, con más sabor a defensa o a polémica corporativa y a cálculo electoral que a futuro. Los movimientos sociales, por otro lado, elaboraron símbolos que lograron catalizar el malestar social disperso, pero no avanzaron mucho más. Y los intelectuales estuvimos por debajo de nuestro rol público.

Nada de esto es muy novedoso. Desde hace un buen tiempo que dejó de funcionar el poderoso relato que organizó los sentidos de la transición. Y nada ha podido reemplazarlo aún.

Las dificultades en la conversación social que se han experimentado este año son una buena prueba de ello. No se trata de “intransigencia”, sino de la falta de un lenguaje que nombre los nuevos hechos y las subjetividades que surgen de ellos. Esta es una tarea pendiente y no está exenta de dificultades. En este artículo se ofrecen algunos elementos para contribuir a organizar los lenguajes y relatos que podrían poner la conversación social a la altura del futuro implicado en nuestro presente¹.

¿Qué se requiere para elaborar un relato político que instale una promesa de futuro? Los relatos políticos son narraciones que vinculan los dramas y placeres personales y colectivos de los grupos de la sociedad con el poder social cristalizado en las instituciones y actores del Estado. Gracias a ese vínculo, los dramas personales — el hambre, el miedo o el maltrato — se reconocen, generalizan y transforman en dramas que importan y movilizan al poder social. Del mismo modo, gracias a los relatos

¹ Este texto continúa las reflexiones del autor sobre la función y crisis de los relatos sociales en Chile, publicados en “En Chile el futuro se hizo pasado: y ahora, ¿cuál futuro?”, en *El Chile que viene*, Santiago, 2009, Ediciones UDP, CEP; “Hacer creíble una promesa de futuro”, en Hardy, C. (ed.), *Ideas para Chile*, Santiago, 2010, LOM; “2010: El año que vivimos sin relato”, en revista *Jesuitas*.

Los relatos políticos son narraciones que vinculan los dramas y placeres personales y colectivos de los grupos de la sociedad con el poder social cristalizado en las instituciones y actores del Estado.



políticos, las satisfacciones —el buen trabajo, las relaciones significativas, los triunfos y placeres cotidianos— adquieren valor y legitimidad colectiva. Un relato político elabora los dramas y alegrías dispersos de las vidas reales y los transforma en un objetivo colectivo. Él contiene una promesa: crear las condiciones para reducir los dolores y aumentar las satisfacciones. Y ello a cambio de una condición: obtener el poder y el tiempo de la sociedad para realizar lo que se promete. El éxito de las promesas políticas no depende solo ni principalmente de la racionalidad de sus propuestas, sino de la confianza que le otorgan las personas y del poder que se obtiene como consecuencia de esa confianza.

La propuesta de este artículo es tomar en cuenta los dramas y placeres que organizan las actuales subjetividades sociales en Chile. La política no se reduce a eso, también tiene que ver con las estructuras objetivas, con las relaciones de poder y con la capacidad para diseñar futuros. Pero en una sociedad formada cada vez más sobre el cruce entre comunicaciones públicas y preferencias individuales, las dinámicas subjetivas adquieren también un rol estructural. Aunque no se reduzca a ellas, no hay política sin sintonía con las experiencias de las mayorías y de los diferentes grupos de la sociedad.

DRAMAS Y SATISFACCIONES TRANSVERSALES EN CHILE

¿Cuáles son los dramas y satisfacciones del presente que requieren una historia creíble de sus causas y una promesa de su superación o profundización? Para responder esta pregunta, este ejercicio se apoya de manera no sistemática en estudios realizados recientemente por el autor. Se trata especialmente de estudios cualitativos acerca de la experiencia social de las personas. Obviamente, en esta corta presentación es inevitable resumir y hasta caricaturizar. Pero en el actual contexto de cierta perplejidad en los diagnósticos se puede suponer que proponer algunas líneas gruesas que hagan sentido puede ser un aporte.

En Chile el grado de desigualdad de todo tipo es enorme. Por lo mismo, los dramas y satisfacciones de las personas y grupos son muy diferenciados. Pero hay algunos pocos ele-

mentos transversales. Hay algunas nuevas satisfacciones que son experimentadas en mayor o menor grado por casi todos los grupos sociales.

La primera es *una sensación creciente de libertad para pensar y actuar diferente*. A pesar de ser aún un país monocromático, en Chile las personas reconocen y valoran cada vez más la diferencia y la tolerancia. Con ello comienza a debilitarse una de las formas clásicas del “temor chilensis”: miedo a desentonar, a no seguir el ritmo de las mayorías, a no ser reconocido como parte del “nosotros” legítimo. La mayor tolerancia a la diferencia reduce la inseguridad en las relaciones sociales y las hace más gratas. Ello explica, especialmente en las generaciones más jóvenes, la creciente salida hacia el espacio público y al encuentro de desconocidos —plazas, cines, *malls*, restaurantes, viajes, conciertos, las movilizaciones— luego de décadas de encierro en la homogeneidad y seguridad del espacio doméstico.

La segunda satisfacción es *un relativo aumento de la confianza de las personas en sus propias capacidades y habilidades*. Esto es efecto del aumento notorio de la escolaridad y del ingreso, de la ideología del emprendimiento y de las seducciones publicitarias de la individuación. También tiene que ver con que luego de tantas crisis cíclicas se han aprendido estrategias para navegarlas y reducir los daños. Finalmente, esta mayor autoestima se apoya también en la percepción de ser parte de un país más poderoso, desde la economía, pasando por la infraestructura, los ascensos en los *rankings* de todo tipo y el fútbol. En general, hay una cierta mayor confianza transversal en que “nos la podemos”, tanto a nivel personal como colectivo.

El tercero —uno de los placeres emergentes más importantes y transversales— es *el consumo*. Él es un símbolo y un rito que expresa las mayores capacidades, la autoafirmación y cierta mayor confianza en el presente. Es también una vía, indirecta y parcial aún, del placer del reconocimiento social.

Finalmente, hay una tendencia en aumento a *reconocer y permitirse los placeres del cuerpo*, muy relacionados a los del consumo. La vestimenta, la comida, la salud, la belleza, el deporte o el sexo se instalan transversalmente como un espacio

donde verificar la nueva autoimagen más positiva, que los chilenos tienen de sí. Refleja también el mandato emergente de que cada uno debe cuidarse a sí mismo.

Se podría afirmar que lo común en estas satisfacciones transversales alude a una creciente imagen más autoafirmativa y más positiva de las personas sobre sí mismas. Son rasgos que acompañan eso que se suele llamar “individualización”.

Pero hay además algunos dramas subjetivos que también exhiben cierta transversalidad. El primero es *el drama del tiempo*. Una experiencia común es la imposibilidad de encontrar un tiempo para sí mismo —sea para el ocio o para desarrollar los gustos propios— en medio de las exigencias desmedidas y contradictorias de la familia, el trabajo, la escuela, las burocracias, las relaciones sociales. El agobio es una marca común de nuestra vida cotidiana. Es la sensación de que se vive obligadamente para otros, no para sí mismos.

El segundo es *el drama del espacio*. En las grandes ciudades, que concentran la gran mayoría de la población, se experimenta la dificultad de la movilidad y la exclusión. El espacio común de las ciudades parece no ser de nadie, lo único propio es el hogar. Los demás lugares se vuelven extraños y amenazantes. Hay una extendida sensación de encierro y de falta de libertad espacial.

La tercera experiencia transversal es la de *la mentira*. Muchos creen que en Chile nadie cuenta la verdad de las cosas; todos ocultan, distorsionan o derechamente mienten. Las personas se han vuelto especialistas en el desvelamiento de la conspiración oculta en las palabras de los demás. Todos sospechan. La mentira se percibe especialmente en el caso de las autoridades, de los que tienen poder, de los políticos, de los medios de comunicación, de la publicidad, de los sacerdotes y de los empresarios. Hay un extendido cansancio frente a la mentira y a la falta de verdad, cansancio a ser tratados como tontos.

Un cuarto aspecto transversal es *la duda acerca de la vigencia, eficacia e imparcialidad de los derechos y de la justicia*. Todos se ven a sí mismos cada vez más en términos de derechos, pero creen que eso es un hecho utópico. En la realidad no rigen los derechos, sino los poderes ocultos. Quien tiene más poder tiene derecho a más de todo, quien tiene menos poder queda excluido y arriesga ser abusado. Este es uno de los pocos aspectos en que los chilenos son iguales: todos, ricos y pobres, se sienten abusados; unos por las Isapre y los fondos de inversión, los otros por el almacén de la esquina y los carabineros, pero ambos se saben pasados a llevar.

Estos cuatro dramas transversales y concretos —tiempo propio, libertad de movimientos, verdad y derechos— no son poca cosa. Sin hacer demasiado esfuerzo de interpretación, podría señalarse que aluden a aspectos muy básicos de la conformación de identidades y dignidades personales que sean socialmente reconocidas y apoyadas.

Si se pone frente a frente las satisfacciones y los dramas transversales, se revela una tensión importante. Dicho en fácil, muchos quieren y creen poder construir sus vidas a partir de sus propias fuerzas y deseos, pero, al mismo tiempo, creen no disponer de un entorno social, estructural, institucional, rela-

Muchos creen que en Chile nadie cuenta la verdad de las cosas; todos ocultan, distorsionan o derechamente mienten.

cional y cultural gracias al cual los proyectos personales pueden hacerse viables. Esto es una experiencia frustrante y dolorosa, porque toda la comunicación social parece apuntar al mandato de pararse sobre los propios pies, y a la promesa de que eso va a ser apoyado y reconocido socialmente. Dicho en más fácil aún, nos han ofrecido y empujado a ser individuos —promesa que hemos adoptado— pero no nos han dado las condiciones sociales para serlo. Eso es como vivir en una cuerda floja que no tiene principio ni fin.

Hasta ahora, cada uno, siguiendo las sugerencias de los discursos dominantes, había atribuido a las propias debilidades personales ese abismo entre lo que se quiere personalmente y lo que se puede socialmente. Esa imagen casi fantasmal, impersonal y automática del orden social y del modelo de desarrollo chileno que se había impuesto desde los tiempos de la dictadura, no dejaba lugar a la atribución de culpas sociales. Los dramas sociales se habían vuelto responsabilidades personales. Pero esto es lo que ha comenzado a cambiar, no sabemos si irreversiblemente, en el año 2011. Hoy las frustraciones y temores al futuro tienen nombre y rostro. El nombre es “el abuso y el lucro de los poderosos”. Y el rostro fue desvelado por casos como el de La Polar, la colusión de las farmacias, de los buses, de los pollos, por los que lucran con la educación, por los que hacen *lobby* para esconder los actos de Karadima y de Sor Paula, y por las múltiples trenzas que anudan conflictos de interés mediante matrimonios, compadrazgos, lealtades partidarias, deportivas o religiosas. Lo que antes era atribuido a la responsabilidad personal, hoy se revela como abuso orquestado, sistemático e impune por parte de aquello que los ciudadanos de a pie llaman “el sistema”. El Chile del año 2011 tomó conciencia de que el orden social es más personalizado y menos imparcial de lo que le predicaron y, en consecuencia, que la responsabilidad de cada uno en el propio destino era menor de lo que le habían hecho creer. Ese desplazamiento de las responsabilidades desde los individuos a los que manejan el poder, el desvelamiento y bautizo de un “Villano” es, me parece, el hecho central del año que pasó. Esto puede interpretarse como uno de los ejes dramáticos más importante que organiza el actual malestar social.

PROCESOS EN LOS DISTINTOS GRUPOS SOCIALES

Pero este eje dramático relativamente común no es vivido así en general ni de manera abstracta, sino en las formas diferenciadas de una sociedad obscuramente desigual.

Los dramas y las satisfacciones más fuertes están diferenciados según estratos y grupos sociales. Desde la perspectiva de las experiencias y lenguajes cotidianos de las personas, y más allá de las necesarias precisiones de los estudios de

estratificación, el país se puede diferenciar gruesamente en tres grupos, por lo demás clásicos, aunque en su interior estén cambiando: los pobres, la clase media y los ricos. Hay que reco-

nocer también la presencia de un grupo que escapa a esta clasificación: el de los sectores vulnerables. Se trata de aquellos que han salido de la pobreza, pero que vuelven a caer en ella de tiempo en tiempo. Han experimentado la movilidad, portan símbolos del ascenso y no se identifican ya con la cultura dependiente del mundo de los pobres. Pero no tienen las certidumbres de la clase media. Frente a este grupo de formación relativamente reciente hay poca información.

LOS POBRES

La experiencia básica de los pobres es la exclusión. No solo sienten que les faltan ingresos, sino que se les niega la dignidad. Se sienten mal evaluados moralmente por la sociedad: son señalados como el origen de la delincuencia, de la droga, de la violencia, del sexo desordenado, de la flojera. Los pobres demandan básicamente dos cosas: la primera de ellas es trabajo, aunque sea en condiciones precarias y de explotación, pero trabajo al fin que proporcione ingresos para enfrentar los temores básicos, el hambre propia y de los hijos, vivir a la intemperie, andar andrajoso. En el mundo de los pobres, el trabajo es la base de la existencia. Pero, sobre todo, piden dignidad, no primariamente derechos formales, sino reconocimiento básico: aparecer como pobres pero no como flojos ni ladrones ni irresponsables. Ellos saben que nada de eso pueden conseguirlo por sí solos, ni con organización ni con revoluciones. Tampoco el discurso del emprendimiento, de las oportunidades o de la autopromoción vía educación les hace sentido. Eso es para otros, pues supone que se dispone de capacidades y recursos que ellos no tienen. Requieren de otro con poder que opere como un aliado, especialmente el Estado. Pero se sienten abandonados y abusados, especialmente en el plano del reconocimiento moral, precisamente por aquellos que tienen poder. Así, el drama actual de los pobres es más moral que económico.

La sospecha moral de la sociedad sobre los pobres nubla y distorsiona sus propias experiencias del placer. El consumo es una de las experiencias nuevas del placer entre los pobres: comida, vestimenta, equipamiento del hogar, algo de recreación. Intentan reafirmarse desde allí. Pero les resulta difícil, no porque no puedan consumir, sino por la dificultad para legitimarlo. El consumo en los pobres aparece como consumismo e irresponsabilidad; como engaño finalmente, pues no se puede decir que se es pobre y tener un televisor de plasma, por eso hay que esconderlo cuando viene la visitadora social de la municipalidad. A los pobres se les exige que su consumo sea racional —educación, vivienda y salud— mientras que para el resto de la sociedad rige que el consumo es simbólico y asociado al placer de la autoafirmación.

En el mundo de los pobres, el trabajo es la base de la existencia. Pero, sobre todo, piden dignidad.

LA CLASE MEDIA

La clase media es, en verdad, varias clases medias. Lo único que tienen en común es que ni son, ni piensan ni se comportan

ni como ricos ni como pobres. Cada vez son menos los que temen caer de nuevo en la pobreza, aunque todavía son muchos, y claramente son cada vez menos los que creen que pueden llegar a ser ricos. La clase media se caracteriza cada vez más por una doble seguridad: es más improbable ser pobre y es imposible ser rico. Entre medio, la nueva clase media comienza a buscar su autoafirmación como tal: un nuevo orgullo de clase media. No ya aquel orgullo forjado por el Estado de bienestar, basado en la pertenencia o en la clientela de la burocracia pública, sino basado en el consumo obtenido en el mercado gracias al esfuerzo propio. La clase media busca legitimarse cada vez más por sí misma, y cada vez menos por sus gustos aspiracionales. Esta es, probablemente, la mayor satisfacción de la clase media: no le debe nada a nadie, solo a su propio esfuerzo educacional, laboral, moral. Pero las deudas que tiene con el sistema financiero y comercial no las perdona nadie. Sus dramas provienen también de ahí. Puede sugerirse que la clase media tiene hoy dos dramas principales: uno práctico y otro moral. El drama práctico es la creciente duda sobre la verdad de la promesa de la educación: el que estudia más, tiene asegurado un mejor trabajo. Ella ha invertido una enormidad en educación, pero comienza a experimentar dudas de que la promesa fuese cierta. Por una parte, porque no siempre se encuentra trabajo y porque la meritocracia no ha llegado; los mejores puestos aún se obtienen por pituto y por consideraciones de clase. Después de todos los sacrificios hechos, la clase media está asustada con el futuro de la movilidad de sus hijos.

El drama moral es el de las deudas de consumo: la clase media está fuertemente endeudada. La deuda no es un aspecto más en sus vidas, es el factor que las estructura: define los tiempos, las expectativas, los temores, los movimientos y las estrategias. Los objetos del consumo pasan y se extinguen, las deudas quedan. Se trabaja y se vive para pagar las deudas. Un sujeto de clase media es un gestor de deudas: se desvela para aumentar el cupo y se aterra de caer en mora. Consumir permite autoafirmarse, caer en mora revela debilidad moral; el camión del embargo frente a la puerta de la casa es un certificado de defunción social. El consumo tiene la misma doble cara de la clase media: búsqueda de autoafirmación social, terror de la caída moral.

Los jóvenes de clase media son aquellos que están experimentando las delicias y contradicciones de la promesa de la movilidad vía educación, y de la autoafirmación que proviene del nuevo orgullo de clase media. Son los que experimentan la mayor movilidad, el mayor aumento del consumo respecto de sus padres y la mayor ampliación de los horizontes culturales. Todo es promesa en ellos. Pero, al mismo tiempo, sienten que su inserción laboral pone la promesa bajo sospecha de dos maneras. Por una parte, sienten que el mercado los recluta en

posiciones que están por debajo de sus capacidades adquiridas; es decir, no les reconoce el esfuerzo a ellos y sus familias. Por la otra, son sometidos a relaciones autoritarias, obtienen puestos de baja responsabilidad y autonomía creativa. Con ello ven desmentido el discurso acerca de la innovación y el emprendimiento, el discurso del autodesarrollo que ha acompañado la promesa educacional.

Las mujeres de clase media son las que han experimentado los mayores cambios y contradicciones. Se han creído entusiastamente la promesa y el mandato reciente de salir de la casa y realizarse también en el mundo del trabajo y de la sociabilidad. Se han capacitado y se han integrado a la sociedad. Han descubierto sus cuerpos, su cuidado y sus placeres, así como las relaciones sociales fuera del círculo familiar. Pero el resultado es problemático. El mundo del trabajo les resulta ambiguo. Es cierto que les proporciona satisfacciones, pero también dolores y agobios. El trabajo de las mujeres de clase media —en el sector servicios y del comercio— está signado por fuertes abusos, discriminaciones y agobios. Además, las normas sociales le siguen exigiendo un rol tradicional de madre y una realización centrada en la familia. El mandato social sobre la mujer de clase media es ambiguo: autoafirmación y sacrificio, placer y culpa.

LOS RICOS

La mayor satisfacción de los ricos sigue siendo la misma de siempre: su autocomplacencia moral. Ellos y sus familias creen representar lo que es correcto y deseable. A ello se suma la novedad del placer de la globalización, esa moral de los nuevos tiempos: poder jugar juegos en redes globales. Los ricos están orgullosos de su internacionalización. Por otra parte, uno de sus malestares básicos es la contradicción creciente que sienten entre el mandato a triunfar en el mercado, la calidad de vida individual y desarrollar sus familias como ejemplo de su superioridad moral. Dedicarse con ahínco a una cosa es arriesgar las otras. Al mismo tiempo, se sienten amenazados en sus criterios tradicionales de distinción, teniendo que recrearlos y extremarlos constantemente. No saben ya si lo que los distingue del resto de la sociedad es la sofisticación del estilo de vida, el origen estamental o la superioridad moral. En cualquier caso, les resulta difícil mantener cualquiera de ellos.

EL PASADO INELUDIBLE DEL FUTURO POSIBLE

Si nos concentramos en los sectores pobres y en la clase media, pese a sus diferencias, vemos que buena parte de sus actuales malestares tienen que ver con la duda o frustración de ciertas promesas sociales. La promesa de la movilidad vía educación, la promesa de la autoafirmación individual, la promesa del reconocimiento de la igual dignidad, la promesa de la meritocracia, la promesa del fin del abuso y la arbitrariedad, la promesa de los derechos. También tiene que ver con la ambivalencia respecto de la legitimación de los nuevos placeres y satisfacciones que promueve la propia sociedad. El consu-



Nos han ofrecido y empujado a ser individuos —promesa que hemos adoptado— pero no nos han dado las condiciones sociales para serlo.

mo, los placeres autorreferidos y la vida más allá de la familia todavía están bajo la lupa moral. Así pues, si de lo que se trata es de construir un sentido de futuro para las mayorías, es inevitable hacerse cargo de las promesas incumplidas. Eso no es lo mismo que volverse autoflagelante, lo cual es, por lo demás, bastante ineficiente. Se trata más bien de replantear las promesas a partir de lo aprendido en las dificultades de su cumplimiento. Para eso hay que construir una historia, pues no hay futuro sin pasado.

Así, construir un relato de futuro supone reconocer los dramas y satisfacciones presentes más significativos del colectivo, pero requiere ir más allá de ellos. Es necesario también señalar creíblemente los orígenes en el pasado de aquel presente que se quiere superar o profundizar en el futuro de la promesa y determinar cuál es su origen estructural e institucional en el pasado. Y luego mostrar que se posee el poder, la voluntad, las herramientas y los actores para, en un futuro más o menos cercano, superar las causas de los dramas y asegurar la continuidad de las causas de las satisfacciones.

Casi todos los procesos de renovación política tienen que ver con la redefinición de la historia; esto es, con la reasignación de causas y responsables de los males, con la redefinición de los placeres del presente y con la imaginación de un futuro. No parece que esta vez vaya a ser distinto. Pero es normal que ese proceso sea resistido por quienes fueron portadores de las promesas del pasado. Por eso es que la renovación política es casi siempre un asunto generacional. Pero la generación no es un asunto de edad, aunque suele existir cierta asociación, sino de interpretaciones. Una generación es la escritora y portadora de un relato, y, al mismo tiempo, su producto. Así, parece difícil construir una nueva promesa de futuro sin el trabajo crítico de una nueva generación. **MSJ**